

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 25 Febrero 1915.

Número 8.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

D. Francisco Giner de los Ríos

Ha muerto.

Fué bueno, justo y sabio.

Difundió la cultura en su Patria, á la que honró y enalteció en el extranjero.

Tuvo la noble ambición de no aspirar á los altos puestos que merecía, para dedicarse exclusivamente á elevar por la educación y la ilustración el nivel moral y material de sus conciudadanos.

Y vivió modestamente.

El cementerio civil, depósito de restos ilustres, guarda los suyos.

Desparramo la vista por todas partes y no encuentro otro hombre de quien pudiera yo decir otro tanto.

Enorgullezcámonos de que hombre tan excepcional fuese de los nuestros.

LOS SANTOS LAICOS

La prensa clerical, que no pudo difamar á Giner de los Ríos en vida y que tampoco se atreve á injuriarle después de muerto, porque la llenaríamos de salivazos, trata de hacer creer á los suyos que Giner de los Ríos era casi católico, porque uno de la secta le ha dicho que lo vió comer carne un viernes, y otro entrar en una iglesia un jueves santo.

Si no fuese por la mala intención que revelan, esas noticias harían reír por lo pueriles. ¡Sin veces que habre yo comido acelgas en viernes de cuaresma, sin enterarme de que era

vigilia, y entrado en una iglesia allá en mis buenos tiempos, detrás de una mujer, ó á contemplar las incongruencias artísticas en que caen los presbíteros.

«Desgraciadamente, escribe *El Universo*, es de temer que ha muerto fuera de la Iglesia católica.»

No lo dude; afirmelo, pues realmente ha muerto así, desgraciadamente... para la Iglesia. ¡Poquito lustre que se hubiera dado si llega á archivar en un cementerio de los que explota un cadáver de esa prosapia! ¡Ella, que propala á cada paso la mentira de que en los cementerios civiles sólo se entierran los descamisados de alma y de cuerpo, los desheredados del talento y de la fortuna, y esto, sabiendo que en el de Madrid reposan los restos de Pi y Margall, Salmerón, Figueras, González Serrano, Sales y Ferré, Fernando de Castro, Sanz del Río, Laureano Calderón, Ruiz Chamorro, Chies, Navarro Ledesma, etc. etc.

Desgraciadamente... para ella, Giner de los Ríos era pensador de altos vuelos, catedrático insigne, de trato social escogido, de corazón abierto á todas las nobles y delicadas emociones; de espíritu anchuroso donde cabían y estaban como en su propio hogar todas las ideas grandes y elevadas.

Me explico, por lo tanto, que *El Universo* lamente que un hombre así no fuera de los suyos. Hubieran podido los católicos, al menos por una vez, envanecerse de contar con un ser superior.

Golpe rudo han sufrido con el enterramiento en el cementerio civil de un hombre tan respetado por todos como admirado y querido hasta por ellos mismos; pues esto ha probado que no es preciso profesar religión alguna para adornar la vida de virtudes.

Tragad quina, clericales de espíritu contrahecho y grotesco. Ni Giner de los Ríos fué de los vuestros, ni su cadáver reposa en ninguno de vuestros cementerios. Y no obstante, tenéis que elogiarle, enaltecerle y ofrecerle á la admiración de vuestros lectores.

El mismo *Universo* se ve obligado á estampar este párrafo al hablar de su muerte:

«El Sr. Giner estaba dotado de muchas virtudes naturales, pues era justo, modesto y benéfico, y había nacido para hacer prosélitos.»

Y ahora, fijáos bien en lo que voy á deciros:

Si al acompañar al cementerio de enfrente, el de la Almudena, el cadáver de algún ladrón arrepentido miráis hacia el civil y no os descubris al recordar que en él reposan los restos de D. Francisco Giner de los Ríos, al lado de los de tantos hombres eminentes en ciencia y virtud, seréis tan despreciables como lo sería yo si entrara en alguno de vuestros templos y no bajase respetuosamente la cabeza ante San Juan de Dios, San Juan de Mata, San Vicente Paul y San Pedro Nolasco, ó algún otro de los que honraron á la Iglesia ejerciendo dentro de ella sus virtudes humanas.

Y eso que la comparación no es muy justa, por que los santos laicos merecen más veneración y respeto que los religiosos, por no haber puesto sus virtudes á réditos de bienaventuranza eterna.

JOSÉ NAKENS

El pedestal sin estatua

A Mr. Cooreman, ministro de Estado de Bélgica, Legado especial en España.

Suplicada para el Pueblo Belga.

Señor ministro: Escribo desde el extremo del partido extremo de la extrema izquierda. S. E. podrá, con esta advertencia, reponer á su justo medio lo que hubiere de extremado en el escrito.

Procedo del último extremo de la extrema derecha española, bastante parecida—según palabras que á Su Excelencia atribuye *El Universo*—á las derechas de Bélgica: y por esto créome capacitado para entender en todo su valor lo que se le dice desde ese campo, y á lo cual me permito poner algunas apostillas, siendo la primera al artículo que con el título «El timo Ferrer» publica el mentado diario en su número del día 19, en donde se atribuyen á Su Excelencia conceptos, respetables siempre por razón de quien los profiere, y más en estas circunstancias en que todo lo belga se hace sagrado, y más tocándonos á los españoles el deber de agradecer á nuestro huésped su visita y toda confianza que nos haga.

Mas está visto que *El Universo*,

rectificando quizás males caminos que anduviera poco ha en lo de la guerra-europea y en cuyo supuesto propósito no he de censurarle, sino aplaudirle;—esto aparte, el católico diario utiliza una apología que hace de las virtudes políticas y personales de S. E. para insultar á Ferrer Guardia llamándole «grotesco ídolo de los revolucionarios»—y difamar su memoria hablando de «antecedentes públicos y privados nada recomendables», felicitándose de que la Europa consciente haya descubierto el timo que se le dió de un Ferrer ideal, pedagogo insigne, víctima de la Inquisición española.

Señor ministro: cuando alguna duda cupiera acerca del valor ético-social de Ferrer, desvaneceríase con el empeño que ponen las derechas en combatirlo, fusilándolo y machacándolo con toda suerte de golpes cada vez que levanta la cabeza y presenta su tarjeta en la vida social. Si no es realmente digno de ser divinizado por las izquierdas, según las derechas, éstas le proclaman con sus dichos y hechos príncipe de los diablos contrarios: ellas crearían el ídolo cuando no existiera: ellas se lo impondrían á las izquierdas, cuando éstas lo rehusaran; ellas con su odio lo señalan al carño de los contrarios: ellas hicieron el Ferrer ideal y fantástico, sublimándolo en la supuesta maldad.

El diario católico opone al Ferrer divinizado en la estatua, «el Ferrer Guardia que figura en el proceso militar, con sus antecedentes.»

Entre estos antecedentes no figura, sin duda, un hecho de Ferrer. Yo le ví en Barcelona, visitando con nombre supuesto á un sacerdote gravemente enfermo y en la miseria, depositando en sus manos, al despedirse, un sobre con un billete de 100 pesetas. *El Universo*, órgano del clero católico, debiera conocer casos como este. Ocurrió cuando yo estaba en la extrema derecha.

Si tales antecedentes no figuran en el proceso, no es este reflejo exacto del Ferrer histórico y real.

No he visto el proceso militar: conozco el proceso público de la prensa. Ignoro si la estatua de Ferrer tiene relación alguna con el militar: pero puede decirse que nació principalmente del proceso de la prensa.

En aquél, según se desprende de los actos de los gobiernos, no aparece comprobada con el esplendor debido la participación principal de Ferrer en la revolución de 1909 que le imputaron los diarios católicos.

Quizás el tribunal militar ahora modifícase el fallo. Quizás el gobierno nacional modifícase su resolución acerca del indulto. Quizás en Ferrer se simbolice, más que otra cosa, «un grandísimo error nacional» producido por «las tramas ur-

didas por sus congéneres», según dice *El Universo*, y por las concupiscencias de sus enemigos de oficio, que hicieron del antiferrerismo una profesión religiosa y una adulación dinástica.

Porque, señor ministro: si en España hubo quien hizo granjería y negocio de la defensa de Ferrer cuando sus mejores y más sinceros amigos se reducían á sentir el duelo, así también hay otros que hacen negocio y granjería de su fusilamiento, y esta es la quinta esencia pura y verdadera de la Inquisición, con la cual el inquisidor vive y medra.

Parece que la estatua ha sido derribada y que ahora el pedestal se halla viudo.

Yo, español por la gracia de Dios, no me resigno á renunciar á esa finca del monumento á un compatriota, y si no puede ostentar la estatua de Ferrer, propongo que dejen á nuestros irreductibles clericales antiferreristas el pedestal, para colocar en él la estatua del señor La Cierva ó la del Ilmo. Nozaleda; y si no las estatuas, sus propios originales. Todo, antes que perder España ese monumento adquirido legítimamente.

Quizás podría transigirse la desavenencia, buscando un símbolo intermedio aceptable á todos: Jacinto Verdaguer, por ejemplo, precursor de Ferrer en lo de ser víctima del fariseísmo. Con ello se pondría término á este paseo del esqueleto de Francisco Ferrer, que va resultando macabro.

S. PEY ORDEIX

Carta de un amigo

Un correligionario de gran inteligencia y de probidad por todos reconocida; que ha sacrificado á sus convicciones el porvenir brillante que en la carrera del profesorado universitario tenía; que ha estado varios años separado de la cátedra por rendir culto á la verdad histórica, y al que yo quiero tanto como él á mí, me escribió hace pocos días, diciéndome entre otras cosas:

«Une á cuanto te digo el aplanamiento que produce en los viejos y desinteresados republicanos la impotencia, atomismo y aniquilamiento del partido, y las ambiciones, desengaños y borrosa conducta de los cabecillas de taifa que tenemos, y te explicarás el desencanto que tengo al pensar que he de morir sin la esperanza de que la bandera de la República cobije mi olvidado retiro y mi tumba.

Tú también sientes desmayos, pere te rehaces inmediatamente: puede que no todos los adviertan como yo, que te conozco tan á fondo. Admiro tu perseverancia: fracasas en

un empeño y tomas otro. Hace años que vienes predicando la salvadora idea de la organización por provincias, de abajo arriba, y nadie da señales de vida, ni de entusiasmo; ni siquiera te discuten la idea; y tú, erre que erre.

Convécete ya, querido Pepe: somos un partido de serviles: más, cien veces más serviles que las mernadas de los Mauras, Ciervas, Romanones y Prietos: éstas suelen dar alguna vez señales de altivez, renunciando algunos de sus individuos á las seguras recompensas económicas que reparten los suyos cuando llegan al poder. Los nuestros, sin la esperanza siquiera de esas recompensas, obedecen como siervos á los que, sirviendo apenas para cabos, se ciñen fajas de generales.

La generación de 1850 al 68 supo conducirnos desde los confines del absolutismo á la República. La que le ha sucedido nos ha llevado desde la República al clericalismo, al jesuitismo... Aquella sucumbió por inexperiencia, por candidez, por sobra de obstáculos y por la traición, pero al menos tiene en su abono la honradez intachable, el desprendimiento y la modestia de sus caudillos.

En su heredera sólo se destacan la falta de inteligencia, energía y moralidad, y la sobra de hipocresía, egoísmo, ambiciones bastardas y pequeñez de alma.

Tú, que eres el único prestigio que nos resta de aquella generación, tal vez podrías, poniéndote al frente de las masas, que son buenas, reanimar el decaído espíritu republicano. Pero tu temperamento, tu odio á las jefaturas, semejante al mío, y tus predicciones y confesiones, te hacen aborrecer las presidencias, concejalías y diputaciones, y, por lo mismo, desconfío de que te hicieran caso.

Y basta de recuerdos ingratos.»

Respuesta

Querido Anselmo Arenas:

Voy á hundirme en la nada (*¡en la nada!* ¡qué idea más consoladora!), sin haber experimentado la sensación que debe producir el decirse: «Este campo me pertenece. Esta casa es de mi propiedad.» En esto nada debo envidiarle á aquel que no tenía ni una piedra donde reclinar su cabeza. En lo que sí le envidio, es en lo de multiplicar panes y peces y convertir el agua en vino con una bendición. De haber poseído yo esa gracia, la hubiera utilizado, no una sola vez como él, sino muchas: para los demás y para mí.

Pero si no he experimentado esa sensación, en cambio he disfrutado otras que me han satisfecho más. ¡Oh bondadosa y caritativa ley de las

compensaciones! Tú haces posible la vida a los necios.)

Y de esas sensaciones, la que más honda me llegó siempre, fué la producida por la lectura de cualquiera opinión justa acerca de mi labor. (Ya asomé aquí la punta de la oreja la fatuidad maldita, que nos hace calificar de justos cuantos elogios se nos prodigan.)

Y si á esto se une que el elogio viene, como ahora, de persona que vale tanto como tú, calcula lo que me habrá agradado tu carta, amigo Anselmo.

Conforme con cuanto me dices: el republicanismo está como lo muestras y la mayoría de los republicanos que hoy figuran, son cual los pintas. Por esto me extraña que se te haya ocurrido que yo pudiera ponerme al frente de las masas. No podría ya, aunque quisiera. Pero aunque pudiese, no lo haría.

¿Que son buenas? De no creerlo así, tiempo há que hubiese dicho yo á quienes las dirigen: «Correligionarios... hasta cierto punto: «Deseando conservar íntegra la fe republicana, he resuelto separarme del republicanismo andante y maleante.»

¿Por qué no lo he dicho? Por ver si podía ir poco á poco convenciendo á esas masas de que, estando en ellas la fuerza, no tenían para qué rendir culto idolátrico á éste ambicioso ni á aquél buscavidas. Convencido ya de que tardarán mucho en convencerse, tomo pretexto de tu carta para desahogarme un poco.

Para mí, el republicanismo está dividido hace años en seis clases:

Los revolucionarios inéditos. (El primero yo).

Los héroes presuntos.

Los profesionales del acta.

Los que van á lo suyo.

Los inconscientes fanatizados.

Los convencidos cobardes.

Y de propina, unos cuantos imbéciles (estoy por pedir la palabra para una alusión personal), empeñados en que tijeretas han de ser; componentes, como advertirás, poco adecuados para formar un todo homogéneo que pueda intentar con probabilidades de éxito la salvación de España.

A pesar de esto, yo creo que si las dos últimas clases (las más numerosas) volvieran en sí un día, y se alzasen contra las cuatro primeras, quizás, acaso, tal vez, es probable que las cosas variasen todavía. Bastaría conque dijeran:

«Caballeros: Se acabaron las diputaciones y las concejalías. Mientras ustedes no se unan, nosotros no depositaremos ni una papeleta en las urnas electorales.»

Y á ver si de este modo, el temor á no ser nada les hacía pensar en unirse, único medio de seguir pasan-

do por algo, y hasta de poder intentar algo.

No mucho, sin embargo, no mucho. Cuando se aguarda á última hora para aplicar á un enfermo el remedio que cura, suele no alcanzarse el resultado apetecido. Y á pesar de mi recalcitrante optimismo, hay momentos en que creo que es tarde ya. Estamos tan desacreditados en la opinión; hemos perdido hasta tal punto la confianza que en nosotros se tenía; escrito en nuestra historia tantas páginas vergonzosas; garruleado tanto y realizado tan poco, que sería preciso dar una prueba tan grande y tan convincente de abnegación y desinterés para que no desconfiasen de nosotros, que casi no me atrevo á suponer que podamos darla, aun poniendo en ello la mejor voluntad.

Sí, Anselmo, sí. Esto se va, y á pasos agigantados, á donde dicen que se fué el P. Padilla, si en plazo breve no tenemos un arranque que sorprenda por lo inesperado y admire por lo enérgico. De no, ¿qué quieres que te diga?; opino que sería preferible morir, á continuar respirando esta atmósfera de pequeñeces, rencillas, odios, ambiciones, idolatrías, baladronadas, que nos imposibilitan para toda acción patriótica, pero que nos deja jeso sí, tiempo y espacio sobrados para arrojarnos mutuamente pelladas de cieno que embadurnan lo mismo al que las arroja, que al que las recibe, que al que lo consiente.

Apenas pasa día sin que me entere de algo deprimente para algún hombre de los que están á cierta altura en el republicanismo. Y lo más triste, es que no llega á mí por conducto de los monárquicos, sino por el de los mismos republicanos, que en periódicos y hojas sueltas se insultan, se difaman, se provocan...

¿Que estas luchas son señales de vigor, de robustez, porque la agitación es vida? No siempre. Los gusanos bullen y se agitan en los cadáveres. Ciertamente que aquel bullir y aquel agitarse es vida. Pero para los gusanos.

Por todo lo que te voy diciendo, comprenderás, amigo Anselmo, que estoy cansado ya de buscar soluciones, proponerlas y defenderlas; y que esa perseverancia que en mí alabas, está á punto de tomar las de Villadiego. Todo tiene un término, hasta la esperanza de los que soñamos con regeneraciones salvadoras para la patria. Y yo, te lo confieso ingenuamente, estoy decidido á no insistir más en esta lucha estéril, y á presentar mi dimisión de adoptador, si en un par de meses no adopta el republicanismo una actitud que borre cuantas lo enervan y lo deshonoran.

No quiero que me joroben más los unos ni los otros; me duelen ya los en lejanos tiempos artefactos procreadores, de marcar orientaciones, para que al poco tiempo de seguir las retrocedan los mismos que resultaron con ellas favorecidos.

Además, se me va haciendo cada día más imposible escribir sobre política republicana. Veo lo mismo que ves tú, amigo Anselmo; lo que ven todos; juzgo que lo viril y lo honrado sería espetar la verdad completa á los de arriba, á los de enmedio y á los de abajo; y, no obstante, agarro la pluma, y después de muchas vacilaciones, acabo por no decir ni la décima parte de lo que debiera.

Esto me hace á ratos pensar en que se equivocan los que suponen que yo nunca transigí con la mentira ni con la farsa. Si la verdad á medias es la mentira casi siempre, y la farsa consiste en aparentar ó engañar, es posible que, si continúo con estas vacilaciones, acabe por convertirme en un embustero y un farsante más.

¿Que la ropa sucia debe lavarse en casa? No es muy higiénico, mas paso por ello. Pero, entendámonos: la ropa sucia que nadie ha visto; no la que han exhibido cínicamente al público quienes la llevaban.

¿Que por qué, pensando así, ando todavía fijando plazos para retirarme de la política? Por que me ocurre algo parecido á lo del que juega á la lotería: reniega de ella cada vez que no le toca el premio gordo, asegura que no volverá á jugar, y á la media hora corre á comprar un décimo para el sorteo inmediato. Mientras hay vida hay esperanza.

¡Esperanza! Esta palabra ha evocado en mi memoria este cantar, del que siempre me burlé:

A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua;
la esperanza me mantiene.

Y ¿querrás creer, querido Anselmo, que en este instante me parece que he hecho mal en burlarme de ese cantar, habiéndome yo pasado la vida con la mano sepultada en el mar del republicanismo buscando las naranjas de la unión, cosa que la mar no tiene?

Me va resultando largo este artículo, y es llegada la hora de resumir sus conceptos en pocas palabras.

Decidan mis correligionarios lo que gusten, yo ya tengo mi plan.

Si de aquí á dos meses los de provincias no han dicho esta boca es mía, dedicaré el poco vigor intelectual que me queda á procurar la moralización (?) del clero, (que voy creyendo más fácil de conseguir, aun siendo imposible, que la unión de los republicanos). Así me ahorraré

disgustos, y de paso añadiré algún mérito á los ya contraídos para clarear más y mejor mi condenación eterna. Amén de que esto impedirá que se agrave la enfermedad de que hablé hace dos números.

Mientras ese plazo llega, insistiré en pedir que se aplique á la que padece el republicanismismo el único remedio que á mi entender pudiera ser hoy eficaz.

¿Que se lo aplican? No reclamaré que se me pague la indicación en acta de diputado, ni de concejal, ni en Presidencia de Junta ó Comité. Mi ambición pica más alto. Me reservo para no ser nada.

¿Que no se lo aplican, porque doctores de más cartel se reúnen en consulta, desechan ese remedio no ensayado hasta ahora, y acuerdan aplicar otro cualquiera de la antigua y desacreditada farmacopea republicana? Pues allá ellos. Desearé que acierten.

Y si no lo consiguen, como yo creo, ¿qué hacer, después de haber ensayado inteligencias, concentraciones, fusiones, uniones, coaliciones, conjunciones, fracasando en todo? Imitar á los cartujos, y cada vez que nos encontremos dos republicanos, saludarnos compungidos con la fórmula macabra: *¡Morir habemos!*—*¡Ya lo sabemos!*, y aguardar resignados la hora en que se cumpla la profecía. Yo la espero tranquilo, por estar seguro de que, cuando suene para mí, pocos, muy pocos, podrán irse tan seguros como yo de haber hecho cuanto debía porque el republicanismismo no acabara tan cochinitamente.

¿Que exagero, porque los síntomas que presenta el republicanismismo no son de muerte, sino de desmayo? Nadie se alegraría más que un servidor; pero advierto que hay desmayos de los que no se vuelve.

Y á propósito, y para quitar algo de aspereza á este artículo.

¿Recuerdan mis lectores aquel novelista, que al hablar del desmayo de una señora, dijo esta frase que se hizo célebre: *Y al volver en sí, era ya cadáver?*

Pues apresuremos la organización, no sea que esa frase absurda pueda resultar real y efectiva aplicada al republicanismismo.

¡POR FIN!

Como toda hora va sonando en el reloj de la vida menos la de unirse los republicanos, llegó la de ocuparme del hermoso artículo de *El Pueblo del Ferrol*, que copié en el número 4 de *EL MOTIN*.

Sigo ignorando quién sea el autor, al que agradezco los elogios que de mi labor hace, á pesar de merecerlos,

Y dada esta prueba de inmodestia justificada, entro en materia.

Estoy completamente de acuerdo con él en las pullas que suelta á republicanos y librepensadores, por haberse ido apartando de *EL MOTIN*.

Con lo que ya no lo estoy tanto, es con la cita que hace. «Esta es Castilla que hace homes á los desfaes». No; á mí no hay quien políticamente me deshaga, porque de eso me he encargado yo.

En lo que también estoy conforme, es en lo de que la inconstancia es casi una virtud republicana. Aunque no en todo, no: su fetichismo es tan firme y constante, que quedará en la historia del partido como insuperable modelo de pertinacia.

Y en esto de la inconstancia soy testigo de mayor excepción. Elogiado cual pocos se han visto en Marzo de 1903, me hallé en 1905 execrado cual ninguno. Y de que tenía yo razón en la última fecha, el tiempo se ha encargado de demostrarlo. Desde entonces acá hemos ido de mal en peor, aunque á ratos haya parecido que mejorábamos.

Nada de lo que el articulista me dice me coge de sorpresa.

¿Que están casi todos los liberales vendidos al clericalismo por su propia familia y que por esto no se atreven á leer *EL MOTIN* más que alguno que otro que lo recibe de ocultos?

¡Pobrecillas!, digo, ¡pobrecillos! Los compadezco; y más si tienen que quedarse en casa fregando ó barriendo mientras la señora y las niñas están en la Iglesia. Hay liberales muy desgraciadas.

¿Que por esta falta de valor y de carácter hoy todo está degradado, y es lógica la hipocresía, la flicción de creencias, la apostasía, la infamia, porque el supremo potestado de la lógica es el vivir, es el criar los hijos, es el no perecer, es el instinto de conservación que se impone al lobo y al ratón, á la polilla y á la floxera?

Cuidese el autor del artículo de que la fiera, el roedor y los insectos que cita no se enteren de ese párrafo, pues pudieran entrar en ganas de citarlo ante los tribunales por injuria. ¡Compararlos con los clericales! La ofensa es horrible.

Pero me voy sin querer á mi habitual estilo, que no pega bien al tratar del asunto más serio que tiene que resolver España. Procuraré evitarlo desde aquí.

¿Que el llamarse anticlerical es firmar el pacto del hambre, por que el clericalismo se ha apoderado de todo, domina en todo y ataja en su camino el que no se le somete?

Cierto. Mas aquí de Jesús: «No só-

lo de pan vive el hombre». Si buscaran los liberales el alimento del espíritu, fabricado con semillas de dignidad, libertad y honor, pronto se sentirían fuertes para aunar las voluntades y barrer en un mes ese poder que tanto miedo les causa.

¿Que se puede pasar y vivir, siendo republicano templado, discreto, no hostil á la Iglesia; siendo vicepresidente en el comité y enviando las hijas al convento y los hijos al catecismo; siendo concejal, pero acompañando al alcalde del rey á la función del Corpus y á los oficios de Semana Santa?

También es cierto. El clericalismo no sólo no se mete con los que obran así, si no que los halaga, apoya y sostiene. ¿Pero qué influencia alcanzarían esos murciélagos de la democracia, si cuantos la tienen en los partidos avanzados cumplieran con su deber?

¿Que las clases directoras enteras, íntegras, militan en el campo enemigo, y lo tienen todo, llegan á todas partes y en todo influyen?

Tampoco lo niego. Pero recuerdo que en 1909 estaban esas clases donde hoy y tenían lo que tienen, y no se atrevieron con el puñado de hombres desorganizados y desarmados que se alzaron en Barcelona. Y esto me tranquiliza para el porvenir.

«¿Que el enemigo lo posee todo: la magistratura, la audiencia, el juzgado, la aristocracia de la sangre y la del dinero, la universidad, el instituto, la escuela normal y la de primeras letras?»

Sí, mas todo eso lo poseía también entonces, y pasaron todos esos sefiores una semana cual les deseo muchas, para que el gremio de lavanderas prospere. ¡Sin fu que limpiaron!

¿Que no me forme ilusiones y reconozca que estamos derrotados?

Nadie más convencido que yo de eso; pero como nos han derrotado sin lucha, sigo creyendo que los venceremos si luchamos. Por esto sigo luchando yo.

¿Que en el siglo XVIII lo elegante era ser antirreligioso, y hoy es lo contrario?

No; es lo mismo. La elegancia intelectual es incompatible con las abdicaciones de la voluntad, las esclavitudes del espíritu y las servidumbres del entendimiento que impone toda religión: por eso escasean tanto los Petronios. No es el traje el que elegantiza; es la manera de llevarlo. Por esto nunca fueron elegantes las muchedumbres, si no los individuos. Y de estos; muy pocos. Y en España hoy es muchedumbre el clericalismo. Esto aparte de que las modas vuelven, y bastará un cuarto de hora de buen sentido para que la su-

EL MOTÍN



La explicación en la página 7.^a

prema elegancia espiritual consista otra vez en burlarse de toda farsa y toda mentira.

¿Que por hallarnos vencidos, hay que volver á empezar?

Pues empecemos. El caso es no desmayar ni acobardarnos exagerando el poder del enemigo. De esto viene viviendo el clericalismo de treinta años acá. Los jesuitas lo saben muy bien: la leyenda de su poder omnímodo es la que llena de oro sus arcas. La lucha será ahora más dura, por no haberla emprendido á tiempo; justo castigo á nuestra impresión. ¡Pero luchemos, luchemos, en la seguridad de que al cabo será nuestra la victoria. Imitemos á los guerrilleros que se lanzaron al campo cuando vieron á Napoleón dueño de España. Ellos consiguieron, levantando con su ejemplo el espíritu nacional, arrojarle más allá de los Pirineos.

¿Se quiere que concrete ahora mi opinión acerca del problema clerical? Pues allá va:

Si al reaparecer los frailes vienen con el carácter de austeridad, desinterés y caridad que las reglas de cada Orden señalan, y en vez de adular y explotar á los poderosos, se dedican á proteger y amparar á los humildes, nos revientan para un buen número de años. Con tanta miseria como hay en España, y tanto dolor sin consuelo, y tanta desesperación sin lenitivo, hubieran detenido por algún tiempo á gran parte de las masas en su avance hacia el bienestar, en vez de espolearlas, como las espolean, con los ejemplos que á cada paso les ofrecen, de que cada individuo debe mirar por sí, y cada clase por la suya.

El clericalismo no es ni puede ser un peligro á la larga, porque no es una solución. Todos los males que la Patria sufría, se han agravado desde que él domina.

Si la moralidad hubiera ido creciendo al par que la religiosidad que hoy impera, ¿qué sé yo? hasta podíamos haber suprimido varias partidas del Presupuesto, por ser innecesarios una porción de servicios: la magistratura, la Guardia civil, la policía, el cuerpo de Prisiones, etc., etc., ¡hasta los verdugos! Mas por fortuna para los individuos que desempeñan esos cargos, no sólo es imposible suprimirlos, sino que se impone más imperiosamente cada día la necesidad de aumentar plazas, puesto que la experiencia nos dice, que á mayor religiosidad, más delitos; á más devotos, más presidiarios; pruebas inequívocas de la ineficacia de la religión para el mejoramiento de la moral y

las costumbres, y, por lo tanto, del resurgimiento patrio.

Y ahora, voy á tocar otro punto.

Los menos clericales hoy, son los frailes y los curas, sea por que están en el secreto, sea porque á ellos mismos los dé asco ver tanto rebajamiento y servilismo tanto en los que se las echan de católicos.

Avergüenza ir por la calle y ver las reverencias y genuflexiones que les hacen; ¡hasta las señoras les ceden la acera! Entra uno en un tranvía, y todos se levantan para cederle el asiento al cura ó al fraile, asiento que no ofrecieron á la anciana temblorosa que va en la plataforma, ni á la madre desvalida que lleva un niño famélico en brazos y otro agarrado á la falda.

A veces me siento tentado á disculpar la grosería y el egoísmo de los que van embutidos en un hábito ó un manto. ¿Cómo no creerse seres superiores, ellos que tan inferiores se consideraban cuando destripaban terrones ó vagueaban sin oficio ni beneficio en su pueblo, al verse tan respetados, tan halagados, tan adulados?... Decidle á cualquier imbécil que tiene talento, y acabará por creérselo.

Si me diese por hablar de religión (que nunca lo hago) preferiría contender con un cura ó un fraile, por fanático que fuera, que con un beato hipócrita y descreído.

La costumbre de oír en el confesionario las mayores enormidades, hace que los frailes y los curas no se espanten de nada, si no cuando les conviene aparentarlo; en cambio, los miserables que van á vomitar en el Kiosko místico algunas de las infamias que cometen, se escandalizan por todo. Y se comprende: suponen que los demás saben la cantidad de podredumbre que almacenan, y toman por alusiones mortificantes las palabras más sencillas.

No se supondrá por esto que digo, que trate de defender á curas ni frailes; ¡así desaparecieran de España todos en un día! disculpo sólo, y hasta cierto punto nada más, su grosería y su egoísmo, al ponerlos en parangón con el servilismo y la abyección de quienes los rodean.

Cómo también disculpo, por ignorantes y desgraciadas, á esas pobres mujeres que van á los conventos por ver si pueden agenciarse una blusa para sus hijos, ó un bono de media libra de carbón, ¡si tendrán frío!, y un cuarterón de garbanzos, ¡si tendrán hambre!; igual que compadezco á todos los que sienten los primeros síntomas de la fe en sus carnes desnudas y en sus estómagos vacíos.

A los que en manera alguna disculpo, es á los hombres inteligentes

que siguieron una carrera honrosa donde cursaron las asignaturas del deber y el honor: abogados, cate-dráticos, militares, jueces, médicos... ¡estos sobre todo!, por no caberme en la cabeza que puedan ser creyentes sinceros de religión alguna. ¡Hacen coro á los mentecatos y los vividores que frecuentan los templos por saber que la religión viste hoy más que los sastres, y el vestir bien abre caminos por donde se llega á la fortuna! Ellos son, después de la Prensa liberal que no se atreve á romper con el clericalismo, los principales responsables de las desdichas que pesan sobre España.

He dicho por hoy.

Quedamos, pues, en que no me hago ilusiones; que me doy cuenta perfecta de que el clericalismo está completamente apoderado de España y que por esto luchó sin descanso. Combatir un enemigo débil, fuera cobardía. Por saber que es fuerte y poderoso, hago cuanto puedo por quebrantarlo, ya que derribarlo solo no pueda. Mas confío en que vendrán otros que lo logren.

Y si un día me viera imposibilitado de luchar, exclamaría con el latino: «Hice lo que pude. Que haga más el que más pueda».

JOSÉ NAKENS

Cine clerical

¡ESTAS NINAS!

I

La condesa, ya entrada en años, borda en la *serre*. De vez en cuando mira á hurtadillas al jardín, en el que festejan su nieta Lucía, de diecinueve años, con su primito Alvaro, de veintidos. Una doncella dobla unos pañuelos al lado de la condesa.

—María, ¿qué hacen ahora? ¿Los ve usted?

—Están debajo del naranjo.

—¿Les ve usted las manos?

—A la señorita, sí; pero al señorito, no.

—Deme usted el impertinente, y póngase de espaldas, que no me vean, que yo miraré con disimulo. Se ríen... Alvarito se mueve mucho... ¡Ay, Jesús! No le veo la mano derecha... Me parece que se la pone á Lucía encima del hombro... Fíjese usted, María...

—Yo no veo nada.

—Pues yo sí... Ahora se la ha puesto encima de la cadera... ¿Ha oído usted un chillido?... ¡Váyase! (*Gritando*) ¡Lucía! ¡Lucía! Ven, un momento tan solo...

—Ya voy, abuelita.

II

—¿Qué hacías en el jardín?

—Hablaba con Alvaro.

—¿Sólo hablar?
—Pues ¿qué iba á hacer?
—¿No te tocaba la mano?
—¿A mí?

—Sí, á ti; yo le he visto, y además te ha dado un pellizco, y tú has gritado, y eso está muy mal hecho, y Alvaro abusa de mi confianza... No os volveré á dejar solos jamás... ¡Vaya! Una niña educada en el Sagrado Corazón, y hacer estas cosas...

—Pero ¿qué cosas?

—Dejarte pellizcar por un hombre: eso está muy feo, eso es un pecado... Pero ¿aún tienes el valor de reírte?

—Y es claro, abuelita: eso no es pecado, porque si lo fuera no lo harían las madres, y estoy harta de ver en el colegio cómo el P. Trucha pellizcaba á la Madre Sofía, y á la Madre Amparo y á la Madre...

—Calla, calla.

—Pues, sí, sí: las pellizcaba, y las Madres se reían y el P. Trucha decía: «¡Pero qué gorditas! ¡Cómo os bendice el Señor!»

—Vete, no quiero oírte... ¡Qué niñas las del día, gran Dios!

FRAY GERUNDIO

La acción católica en España

¡Como las izquierdas!

Por centésima vez el Papa ha enviado á sus fieles de España una llamada á la unión, para la acción católica en la esfera política y social.

En esta labor el Pontificado lleva gastados cerca de treinta años, sin haber adelantado un paso, y aún sin haber logrado hacerse entender. *Integristas, carlistas, y mestizos* siguen en sus trece, odiándose entrañablemente en nombre del Papa, cuyas exhortaciones á la unión ofrecen la rareza de ser oídas siempre como exhortaciones á la riña y á la inquina, cantando cada partido el trágala al otro.

Nosotros solos, somos los buenos nosotros solos, ni más ni menos.

En el río revuelto de las pasiones, los mestizos, llamados también neutros y neutrales, son los que han ido sacando tajada, llevándose beneficios, prebendas, y demás gajes piadosos, merced á sus coqueterías con la Constitución condenada y con la Iglesia que la condenó, y que no ha retirado *nominatim* la condenación. De ahí es que todos los unionistas son mestizos por su procedencia ó por su aspiración.

La «unión» consiste en casarse amigablemente con la Santa Inquisición Romana y con el Estado liberal, sacando de éste el sueldo y de aquélla el nombramiento; cosa que los otros repugnan como el sacrilegio del que lleva una vela á San Mi-

guel y otra al diablo, pecado reprobado por Jesucristo que dicen que dijo: nadie puede servir lealmente á dos señores, á Dios y á Belial.

Cuestión de principios—dicen unos—y de pesetas—añaden otros. Ahora el Papa ha nombrado jefe de la acción católica de España al Primado de Toledo.

Difícilmente se adelantará un paso. Primeramente el de Tarragona se creará postergado, pues tradicional ministerio es de su Sede reclamar la Primacía para el prelado tarragonense.

El de Santiago, por ser sucesor del Apóstol, se resentirá no menos. Los frailes de una y otra orden, se reirán en sus adentros y llorarán en sus afueras la desunión.

Los seglares dirán á los frailes unionistas: «médico, cúrate á ti mismo.» Entiéndanse primero sus paternidades jesuíticas y agustinas, y luego vengan á predicarnos.

El Primado Guisasola bajará al sepulcro sin haber conseguido su objeto, al igual que sus antecesores Aguirre y Sancha (q. g. h.), sin haberle más consuelo que el de contar los milloneros pescados en el río revuelto de la nación católica, y el de pensar que peor están las izquierdas.

Mientras los partidos extremos discuten los principios, los de enmedio están chupando tranquilos el pezón de la madre España, muy unidos y apretados, aplaudiendo las desuniones de las recalcitrantes, impenitentes, incorregibles, ineducables é imposibles oposiciones que llevan cuarenta años discutiendo, pagando y dejándose desollar. Con lo cual los presupuestivos se dicen:—Con esas oposiciones... que se oponen á sí mismas y defienden nuestras posiciones, estamos como el pez en el agua. ¡Vivan las Derechas y las Izquierdas!

R. MAYOL

La lámina de hoy

Voy á referir á mis lectores un sueño que hace noches tuve y al que he creído conveniente darle forma gráfica, para que hagan lo posible por evitar que en su lecho de agonía se entablen polémicas que pueden redundar en perjuicio de su cadáver.

Soñé que agonizaba un mortal de esos que acostumbra á poner una vela á San Miguel y otra al diablo, y, sintiéndose morir, elevó súplica fervorosa al cielo.

Acudió inmediatamente el ángel á quien le correspondía salvar el alma aquella, pero no tan sigilosamente, que no se enterase el diablo, que se creía con derecho á llevársela al infierno.

Encontrando la puerta cerrada, introdujose por la gatera y estuvo escuchando largo rato lo que hablaban el ángel y enfermo.

Cuando creyó que debía intervenir para que no le escamoteasen el alma aquella, presentose de improviso y escuso decir la que allí se armó. Si el ángel ponía el grito en el cielo, el diablo chillaba como un demonio; tanto, que los vecinos llamaron á la policía, que entró en la cámara mortuoria y condujo á ambos á la comisaría, sin que se supiera después en qué paró aquello, ni qué dirección tomó el alma causante del conflicto.

El cadáver fué conducido á la sala de disección del hospital más próximo, y colorín colorado.

Escarmienten en este terrorífico ejemplo los ciudadanos que acostumbra á encender durante toda su vida las consabidas dos velas, y decidanse á tiempo por Dios ó por el Diablo; que no debe ser nada agradable presenciar en los últimos instantes esas luchas tremendas entre el Ángel del Mal y el Ángel del Bien.

Los beatos

Gentes son que discurren con la pata, de intelecto cerrado, negro, inculto, huyendo de la luz buscan lo oculto y en esto su ignorancia se retrata.

Parecidos á burros de reata, tirando de los dogmas y del culto, llevan joh, necios! tan pesado bulto, dando por tal honor, rios de plata

Marchan unidos de la Iglesia al carro que á fieros latigazos los fustiga y así y todo caminan tan contentos.

Y en tanto que se atascan en el barro, come de su sudor quien los castiga y ellos tira que tira y siempre hambrientos

FERNANDO HALCÓN

LIBROS NUEVOS

Cosas que he dicho

Más cosas que he dicho

EN SERIO

Y EN BROMA

POR

José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

25 grabados.—Precio: 1 peseta.

Los milagros

por

ROBERTO ROBERT

«Siempre que se divulga algún fingido portento, aunque después se descubra la verdad, queda entre pocos individuos el desengaño, habiendo inundado reinos enteros la floción.»

Así opina el más ilustre benedictino que hubo en España.

Conque vale la pena estudiar matemáticas, estadística y política sólo para averiguar cuántas patrañas han pasado por milagros en esta tierra de garbanzos.

Los hombres gustaron siempre más de una mentira halagüeña que de la verdad limpia y llana.

Los atenienses, con ser personas tan decentes, atormentaron brutalmente á un buen hombre sólo porque fué el primero en darles la noticia de que sus tropas habían sido derrotadas en Siracusa.

Y ello era cierto.

En cambio en Octubre de 1736 se publicó, impreso en letras de molde en Zaragoza y Barcelona, que el sol atrasaba un cuarto de hora, y que había desaparecido del cielo un satélite de Júpiter nada menos, sin que se atropellara á los que lo inventaron.

Y ello era tan falso como el milagro de...

Escojan ustedes el que les parezca más falso.

Habla el más sesudo español moderno, y da á conocer el por qué de tanta charla, tantas crónicas y tantos volúmenes impresos, gaceticillas y sermones sobre falsos milagros, y dice:

«No celebran los hombres lo excelente, sino lo raro, ó sólo lo raro tienen por excelente. Nada hallan admirable en lo que diariamente miran.»

«La plebe, siempre vana y crédula, en materia de milagros es vanísima; andan tan juntas su rudeza y su piedad, que se prohijan á ésta los partos legítimos de aquélla.»

«La nimia credulidad de milagros, que es hija de la ignorancia, contra todo derecho se adopta á las religiones.»

«Cuántos llantos ó sudores misteriosos de sagradas estatuas corrieron en varios países, sin más existencia que la que les dió un engañoso viso ó una imaginación fanática!»

«En los primeros años de este siglo (1728) se proclamó tanto el sudor de un Crucifijo, no como término, sino como síntoma de la enfermedad que entonces padecía España, que pasó á los reinos extraños la noticia como muy verdadera, siendo fabulosa; y en un autor francés la vi yo impresa, como cosa en que no había la menor duda.»

¿Por qué será que á los milagreros falsos siempre les ha dado por hacer sudar á las imágenes sagradas?

¿Se ocultará en ello algún designio de la Providencia?

Ya Lucio Floro inventó la farsa de que la estatua de Apolo Cumano había sudado cuando los romanos pelearon con los sirios.

Ya Julio Obsequiente reconoció que la misma estatua había resudado cuando Marco Perpenna venció al rey Aristónico.

Ya Lucano dice que en sus guerras civiles sudaron y lloraron los dioses tutelares de Roma:

*Indigetes flevisse Deos, urbisque laborem
Testatos sudore Laras.*

No será malo advertir de paso que las anteriores noticias marcadas con comillas las tomo de un sacerdote español del siglo pasado, fraile por más señas, tan bondadoso y honrado, que ni siquiera llegó á comprender por qué sus contemporáneos despreciaban tanto á los frailes.

El mismo se hace cargo de los ilusos poseedores de imágenes de la Virgen, ú otras, que se figuran que unos días ponen la cara alegre y otros la ponen triste, como si siguieran las oscilaciones de la Bolsa.

Esas piadosas gentes ignoran que su misma ilusión la padecieron ya los griegos que adoraban la estatua de Diana de Chío.

Pero lo peor es que esas piadosas gentes son capaces de apalea piadosamente al que no crea sus supersticiones.

Cuanto más tontos hay en un país, tantos milagros se creen.

Esto lo decía Paulo Zachias en latín.

Refleren las historias que los galos, robadores de Apolo Delfico, padecieron grande enfermedad pestilente.

Los gentiles piadosos, es decir, que creían las supersticiones de la religión de sus padres, achacaron la enfermedad á milagroso castigo del cielo; mas los autores católicos que todo lo examinan á la luz de la razón, exceptuando sólo sus sacrosantos misterios, descubrieron fácilmente que aquella enfermedad la contrajeron los galos á consecuencia del aire infeccionado que contuvo el arca que abrieron, creyendo hallarla preñada de tesoros, á mas de que á aquella peste contribuyó también la vida licenciosa que llevaba aquel ejército.

La gente santurrón cree en muchos milagros falsos, porque se figura que hay un Dios que no se ocupa sino de ella para que todo le suceda milagrosamente.

«Muchas son (dice un autor sagrado) las beatitas que nos quieren persuadir que en cada dolor de cabeza deben á un milagro la mejoría. Algunas son tan supersticiosas ó tan vanas, que tendrían por cosa de menos valer lograr la convalecencia por beneficio de la naturaleza ó de la medicina.»

Y no es bueno eso.

Porque esas beatitas, desde el momento en que creen que Dios les hace los milagros que ellas solas le piden, empiezan á concommiserse y á darse tono con los sacerdotes y prescindir de ellos hasta cierto punto, y les encargan menos rezos y menos misas, y como el sacristán de lo que canta yanta...

Vamos, no es bueno eso.

Pídanse los milagros por su conducto regular, y viva cada cual de su oficio, y esperen todos su turno para ser servidos.

«Escritores (dice el citado autor) que recogen hablillas del vulgo para aumentar volúmenes de milagros, merecen el desprecio de todos los hombres cuerdos.»

(¡Cielos! ¿Por quién lo diría?)

Yo siempre he dicho que para hacer milagros no hay como Dios y sus santos, y para testificarlos, notarios y naturalistas.

Por lo demás, este caso no quiere decir que no haya milagros verdaderos, porque los hay en grande.

Sólo es de lamentar que no abundan tanto como ellos los escribanos ladinos y sagaces.

(Continuará.)

TIP. LA ITALICA, VELARDE, 12, MADRID